

Nº 90

leg 1 - P. 42

v. 22

¿Es cierto que la Medicina no progresa?

DISCURSO

PRONUNCIADO

ANTE EL CLAUSTRO CENTRAL DE ESPAÑA,

por el primer Ayudante de Anatomía

de la Universidad de Barcelona,

D. JOSE DE LETAMENDI Y DE MANJARRES,

EN EL ACTO SOLEMNE DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE

DOCTOR EN MEDICINA

el día 1.º de marzo de 1857.

MADRID.

IMPRESA DE JULIAN PEÑA, CALLE LOPE DE VEGA, 26.

1857.

¿ES CIERTO QUE LA MEDICINA NO PROGRESA?

El término obligación por la ley, a tomar la palabra ante
varios aludidos, indicados de las altas autoridades
a 7 clases de la vida, en un caso en este sentido re-
fuerza para celebrar una conferencia de la cual soy, al-
terno, central para que celebrarse en voz al respecto
de la independencia, tanto sea, cuando que puesto en
esta forma, después de un año de la duración de estos
trabajos, después que he de ser, poner un honor, y a
esta hora el día de la creación, separado de un fin
en un momento, y para presentar un momento en
de que no sea, solamente, sino también, en una ligera
forma de una historia, nada solamente de forma, pero con
de un que se debe por primera vez, en un momento del
cuerpo, la presencia del cuerpo, la forma del cuerpo
sobre y la consideración de la vida, en que se halla en

U/Bc LEG 1-4 n°90 HTCA



1>0 0 0 0 2 6 3 5 9 9

ES CIERTO QUE LA MEDICINA NO PROGRESA



UVA. BHSC-LEG_1_4_n 90

Sin embargo, no hay entre vosotros uno solo que no
haya traido al corazon su tributo; que no haya pasa-
do por la angustiosa incertidumbre de la ultima prueba
academica, y que no se haya visto presentado como
necido ante un claustro impoente. Y pues ninguno des-
conoce la situacion mis, permitidme que por estos dias
ves instalas os mire como a mis hermanos, amigos y
allegados, y con esto alegras mi animo y me consue-
lo.

Asi lo espero, y no sin fundado motivo; porque de
vosotros es tanta que sois tan indulgentes como sabios,
y con ser asi, vuestra indulgencia debe de ser extrema.
Yo bien quisiera satisfacer mi deuda de gratitud ha-
cia vosotros, respetables Doctores, ofreciendoos una obra
literaria de vsta, en vez de un discurso.

que os debico, pero me consulta la idea de que, no
acertando a satisfacer, jamas os pueda ser desobedecido.
Yo no puedo delatarse con bellas oratorias, incompa-
tibles con la severidad y la indole especial de mis es-
tudios. Pero años ha que me debico a la Anatomia, y

EXCMO. É ILLMO SR.:

Al verme obligado por la ley á tomar la palabra ante
vos; al contemplaros rodeado de las altas dignidades
del claustro de Castilla, ayuntadas en este augusto re-
cinto para celebrar una ceremonia de la cual soy ob-
jeto, natural fuera que embargase mi voz el orgasmo
de la desconfianza; tanto mas, cuanto que nuevo en
esta tierra, repuesto apenas de la agitacion de estos
pasados dias en que he debido poner mi honor acadé-
mico bajo el filo de la censura; separado de mi familia
en quien idolatro, y cuya presencia me regocijara en
dia para mi tan señalado, debo contar, nó con la ple-
nitud de mis fuerzas, nada sobradas de suyo, sino con
lo poco que de ellas me permiten usar la escitacion del
ánimo, la nostalgia del corazon, la fatiga del entendi-
miento y la consideracion del sitio en que me hallo. 69



Sin embargo, no hay entre vosotros uno solo que no haya rendido al corazon su tributo; que no haya pasado por la angustiosa incertidumbre de la última prueba académica, y que no se haya visto presentado como neófito ante un claustro imponente. Y pues ninguno desconoce la situacion mia, permitidme que por estos breves instantes os mire como á mis hermanos, amigos y allegados, y con esto alentaréis mi ánimo y me veréis sereno.

Asi lo espero, y no sin fundado motivo; porque de vosotros es fama que sois tan indulgentes como sabios, y con ser asi, vuestra indulgencia debe de ser extrema.

Yo bien quisiera satisfacer mi deuda de gratitud hacia vosotros, venerables Doctores, ofreciéndoo una obra literaria de valia, en vez de este mal aliñado discurso que os dedico; pero me consuela la idea de que, no acertando á satisfaceros, jamas os quedaré desobligado. Yo no puedo deleitaros con bellezas oratorias, incompatibles con la severidad y la indole especial de mis estudios. Doce años há que me dedico á la Anatomia; y por cierto que en el siglo actual el cultivo de las ciencias naturales es para un español el mas eficaz antagonista de Hermosilla; el mejor arte de desaprender á hablar y escribir correctamente la lengua castellana; pues la necesidad nos fuerza á la lectura exclusiva de lenguas exóticas; y como creo que no se conoce bien el castellano hasta tanto que se saben de coro las obras de Cervantes y de Solis, por lo menos, y el tiempo que debia gastar en esto le he empleado en el estudio del organismo humano, sé que no puedo alimentar la esperanza de que esta mi oracion satisfaga las exigencias del refinado oído madrileño.

Otra suerte de lenguaje, diverso del de los hombres, usa la naturaleza. Ella no hace oradores, pero posee en cambio la muda elocuencia del cadáver; aquella elo-



cuencia que confunde al materialismo, anonada la soberbia filosófica, y canta el mas glorioso himno que el hombre puede entonar al Altísimo.

La Anatomía me ha inspirado el mas ardiente amor á la Medicina; pues me ha convencido de sus verdades, me ha revelado el poder de sus recursos y me ha ofrecido ocasion de valorar sus positivos adelantos. Cuanto mas me he impuesto en el conocimiento de las dificultades ya vencidas, mas insoportables se me han hecho las diatribas de unos, las calumnias de otros y la ligereza de todos al juzgarla; tanto que en muchas ocasiones preferiera de buen grado que á mi se me llamára inepto, á que á ella se la calificase de impotente. Y sin embargo, tan injusta calificacion la oímos mil y mil veces de boca del bajo vulgo, y hasta de hombres eruditos. Y cuenta que no son estos solos los enemigos de la Medicina. Médicos hay, afortunadamente pocos, que, por pasar plaza de Hypócrates transmigrados, van diciendo en tono magistral y con aire de reserva que *en Medicina no se sabe nada*; secreto que los tales suelen no revelar hasta tanto que han redondeado su hacienda.

Jámas he tomado ni pienso tomar la defensa de la Medicina y de su ejercicio con el intento de destruir preocupaciones vulgares; ¡improbo trabajo! tiempo perdido! El verdadero vulgo tiene esmaltado el cerebro, y nada puede grabar en él el buril de la lógica. Sufra ese vulgo el castigo á qué el gran Lope le condena; y pues lo ha de sufrir, quédese así, esclavo de su propia necesidad, hasta la consumacion de los siglos.

Pero hay otro vulgo mas temible, vulgo llamado hoy día público; vulgo mudable y superficial; vulgo que ora en el justo medio de la crítica, ora en el bajo extremo de la adulacion, ora en la cima del menosprecio, de todo habla, todo lo discute, lo juzga todo, y aprueba ó

desaprueba por el mas somero exámen público. en fin. del cual Larrá en vano pretendió averiguar « quién es y dónde se le encuentra, » y á quien nosotros encontramos de sobra y mirámos como nuestra pesadilla eterna, á todas horas, en todas partes, y á mas y mejor creído de saber tanta medicina como Celso.

Hay, sin embargo, entre las personas que componen lo que se llama público, muchas, muchísimas, de buena voluntad y claro discernimiento, las cuales si bien creen que la Medicina está en mantillas, con todo no han formado el propósito de no dejarse disuadir nunca; antes al contrario, aprovechan todas las ocasiones en que una persona autorizada pueda ilustrarlas. A esa parte del público me dirijo muy señaladamente al proponerme vindicar la Medicina contemporánea.

Todo cuanto se clama en contra de ella puede reducirse en última síntesis á una proposición muy concisa, y al parecer muy terminanté: LA MEDICINA NO ADELANTA.

Tanto para sostener esta proposición como para impugnarla, es necesario determinar: 1.º qué es la Medicina; 2.º á qué punto fijo debemos referir el progreso ó estacionamiento de la misma. Anatomicemos el primer extremo.

El fin de la Medicina es la salud del hombre; este fin no puede conseguirse por arte de encantamento, sino por los medios naturales; de lo cual se sigue que en la naturaleza hemos de buscar todo aquello que pueda facilitarnos la consecución de tal objeto. Mas el estudio de la naturaleza es tan vasto, y tan diversas y multiplicadas son las necesidades del hombre, que ha sido forzoso reunir en grupos los conocimientos homólogos, formando artes y ciencias, las cuales combinadas de varios

modos, según el fin social que se proponen, han venido á dar origen á las carreras ó profesiones. Entre ellas se cuenta la Medicina, la cual se utiliza de todas, y en cambio les presta su apoyo y las ilustra con sus prudentes consejos. Y pues la Medicina pone por obra todos cuantos procedimientos útiles le sugiere la filosofía universal en provecho de la salud de los hombres, debemos deducir en rigurosa lógica que *la Medicina es la ciencia que trata de la aplicación de la filosofía universal á la conservación de la salud y á su restablecimiento, tanto en el hombre como en el cuerpo social colectivo*. Tal es la Medicina : ni mas, ni menos.

Pasemos al segundo extremo de la proposición que estoy analizando. Sin separarnos de la buena lógica, se desprenden de la definición tres elementos médicos perfeccionables : 1.º la ciencia higiénica ó de la conservación de la salud : 2.º la *patognosia* ó estudio de las enfermedades, y 3.º la terapéutica, que busca los medios con qué satisfacer las necesidades de las dos primeras, é inquiera el modo de obrar de estos medios sobre la economía humana. Toda adquisición positiva en cualquiera de estas tres ciencias, será en Medicina un adelanto.

Indaguemos ahora si la Medicina puede ó no aspirar al progreso indefinido, mas allá de la barrera natural de las ciencias humanas, ó si al contrario no puede pretender seguirlas en su curso progresivo : «La ciencia humana está encerrada dentro de ciertos límites que no es posible traspasar : todo estudio, sea el que fuere, ofrece siempre este término que es imposible rebasar sin variar completamente al hombre su naturaleza y sus propiedades. Por consiguiente toda ciencia tiene sus hechos y sus principios que es necesario aceptar sin entrometerse á investigar su causa esencial, si bien notando todas la circunstancias y condiciones necesarias

para el cumplimiento de estos grandes actos.» Esto dicen Hardy y Behier (1), y esta es la confesion explicita de los sabios de todos los tiempos.

Tal es el término del saber; tal la barrera que nos impide el paso. El alma en el cautiverio de este suelo está como el pájaro aprisionado en su jaula; pugna como él por escaparse; no parece sino que forceja por abrir el cráneo y remontar el vuelo, y libre ya de la opresion y las tinieblas de la materia, poder admirar la creacion del Eterno. Pero, ¡vano deseo! Nadie verá mas allá de las segundas causas; y así en cuanto al término de su camino, no hay una sola ciencia natural que pueda vanagloriarse de ir mas lejos que sus hermanas.

Si conocido nos es el fin comun de las ciencias, por bien averiguado tenemos su comun principio, ya le busquemos por induccion, ya nos refiramos al siglo de Péricles; punto inicial de la Filosofía de occidente.

Las consecuencias á que estas consideraciones nos llevan, son harto claras y nó nada forzadas. Todas las ciencias nacieron juntas, todas tienen igual término de desarrollo; luego tenemos un medio expedito de referir la idea de adelanto ó retraso de la Medicina á un punto fijo cual es la altura media de las demas ciencias sus hermanas. Si la Medicina conoce y explota los recursos que aquellas se hallan en estado de prestarle y si ella posee medios para ayudar á todas, es inegable que adelanta, y en el caso contrario se dirá con razon lo que de ella se dice.

Ahora ya podemos discutir, examinada la proposicion que he tomado para tema de mi discurso. Las tesis son como los reactivos quimicos: antes de ser admitidas, deben pasar por todas las pruebas de un atento exá-

(1) Patología general.—Preliminares.

men; y ojalá que ese trabajo previo se lo tomaran cuantos tratan de controvertir proposiciones que pueden envolver sofisma: pues es evidente que « si hay tanta confusion en las ideas, es porque hay poca claridad en las palabras. »

Voy, pues, á entrar ahora en el exámen rápido, cuanto lo exige la ocasion presente, del estado actual de las ciencias médicas, recorriéndolas todas, una á una; advirtiendo de paso, que tomo por punto general de referencia, el estado de la filosofía natural en el último tercio del siglo XVIII; data comun de los principales descubrimientos que han asombrado al mundo.

La Anatomía y la Fisiología, estas dos ciencias tan afines como los dos elementos eléctricos, tan reciprocas como el cuerpo y el alma, han subido en pocos años á la altura de ciencias de primer orden. Apenas queda filamento nerveo por delicado que sea, cuyo origen, cuya composicion y cuyas funciones no se conozcan (1); las investigaciones sobre la estructura y fisiología encefálicas, están próximas al último término (2). A su voluntad experimenta hoy dia el anatómico y produce en el cadáver la risa, el ceño, la convulsion, la rigidez, y en el animal vivo los mas circunstanciados fenómenos, anunciándolos anticipadamente pues conoce la segunda causa de todos ellos (3). La Física, la Química, la Botánica, la Zoología, la Mineralogía, la observacion clínica, la Anatomía comparada, las matemáticas, las ciencias todas las ayudan á porfia, y no parece sino que se han reunido de comun concierto para sujetar á la mas rigurosa demostracion todo cuanto el hom-

(1) Véanse las obras de Anatomía y Fisiología de Longet, y de Floarens.

(2) Ibid. J. Beclard, Bourdach, etc. etc.

(3) Susec, Elements of electro-biology y las obras mas modernas de Anatomía y Fisiología.

bre puede inquirir de si mismo. No hay articulacion en el cuerpo cuyos movimientos no puedan reducirse á cálculo; ni aparato muscular cuyo valor mecánico no pueda determinarse; ni apenas queda viscera de funcion problemática; ni se engendra en el cuerpo humoral-guno cuya composicion, cuyo máximum y minimum fisico-químico no conozcamos, ya en estado fisiológico, ya en el patológico, y en cada enfermedad por separado. La Anatomia y Fisiologia de los cinco sentidos (1) es en la actualidad el objeto predilecto de los anatómicos de mayor renombre; uno solo de aquellos, el oido, deja aun bastante que desear en lo relativo á sus funciones; pero estan extremado el primor que ostentan las preparaciones ototómicas, que bien se puede esperar que en breve hallarémos el hilo del laberinto acústico. El estudio de las membranas y de todas las modificaciones de los tegidos, iniciado por Bichat, es hoy una asignatura de cuya enseñanza se envanecen las Universidades del mundo (2). Ella despertó el deseo de profundizar en la filosofia de la organizacion humana, y en lo que va de siglo la Patologia ha tenido que agradecerle grandes é importantes favores. La Anatomia topográfica, que á principios del siglo se reducía á la descripcion aislada de algunas regiones con aplicacion á la Medicina operatoria, ha ido tomando cuerpo, y pasando sucesivamente de topográfica á quirúrgica, la vemos atónitos abrirse paso, en pocos años, y ponerse á la cabeza de la Medicina (3), dando consejos de reconocida utilidad para el diagnóstico de las enfermedades médicas y quirúrgicas, y esplicando al propio tiempo

(1) Longet. — *Traité de Physiologie* Hirschfeld et Leveillé — *Neurologie*.

(2) V. las obras de Bichat, Beclard, Florens, etc.

(3) V. las obras de Malgaigne, Etienne, Velpeau, Petrequin, Blandin, Jarjavay, etc.

la razón de innumerables fenómenos morbosos. La Anatomía patológica (1), que antes de Broussais y Hanemann tan poca fuerza tenía, ha sido mas tarde el áncora de salvacion de la Medicina. Añádanse á todas estas especialidades, la Anatomía microscópica normal y patológica, absoluta y comparada, la Embriología general y especial, la Anatomía química, la Fisiología experimental, normal y patológica; estudios nuevos y precoces todos (2) que en menos de un siglo han llegado á nivelarse con las demas ciencias de observacion; y dígase luego si las mismas pirámides de Egipto tienen cimientos mas firmes que los que está levantando el siglo XIX para asentar sobre ellos la Medicina eterna.

Si la Química, es la ciencia que mas domina la materia bruta, la Anatomía tiene ya sujeta la materia organizada, y si fuésemos á establecer paralelo entre una y otra, hallariamos que ambas están á la cabeza de los conocimientos humanos. La Química tiene la ventaja de conocer con exactitud las leyes de las fuerzas que obran sobre los átomos físicos; mas no conoce estos átomos; en cambio la Anatomía, si no comprende bien aun las leyes moleculares de la vida, tiene sujetos bajo el dominio de la vista los átomos vivientes, y los mide, cuenta, descompone y desgrega, los transforma, polariza y disuelve de infinitos modos; y de día en día va ganando terreno en la interpretacion de las leyes por qué se rigen. Una y otra están á tal altura y con tanta eficacia se auxilian, que tal vez el dia menos pensado un solo descubrimiento físico ó anatómico haga cimbrear á la sociedad entera.

Llegamos ya al exámen de la Patología, blanco á donde dan por filo los tiros de la mala fé y de la igno-

(1) V. la obra de Cruveilhier y las de Andral, Gros, Lebert, etc.

(2) V. las obras respectivas de Donné, Mandl, Blumenbach, Bischoff, Kolliker, Robin, Vagner, etc.

rancia. Hablad, discutid con un adversario de la Medicina, mas que sea hombre ilustrado y de buenos deseos, y ved lo que con él os pasa. Si contais con fuerzas para persuadirle, veréis como al principio va perdiendo terreno. De buen grado os confesára que no alude á la Anatomia, á la Obstetricia, á la Higiene, á la Patologia quirúrgica; os concederá tambien los admirables adelantos de la Toxicologia y los buenos servicios de la Medicina forense. De todo os hará exclusion, si teneis bastante fibra para regatearle palmo á palmo el terreno; y aun mas: si os empeñais reconocerá los adelantos terapéuticos; pasará por todo; pero no lograréis que se reconcilie con la Patologia interna, ni habia de lograrlo el mismo Hypócrates si resucitára para solo ello. En verdad que es este un hecho muy significativo, cuya esplicacion encuentro clara, por poco que se tengan en cuenta la índole del hombre y la historia de la Medicina interna. Detengámonos un momento en las causas de tan invencible antipatia.

Un padre pierde dos hijos; muere el primero á consecuencia de un derrame cerebral, ocasionado por fractura del cráneo; el segundo tambien de un derrame en el cerebro; pero derrame causado por una afeccion tifoidea. La causa determinante de la muerte ha sido la misma en los dos casos, y no obstante, el padre, aunque sin consuelo por entrambas pérdidas, se conforma con la del primero; porque él vió por sus propios ojos el mal, pudo valorar su gravedad, y comprender la ineficacia de los recursos humanos; al paso que no le es posible esta conformidad por la muerte del segundo, supuesto que no comprende esa perturbacion de la fuerza vital, ni los estragos que causa; ni menos aun puede explicarse la impotencia del hombre para remediarlos; por manera que si le es posible reconciliarse con el cirujano que cuidó, tal vez con impericia, el mal quirúrji-

co, jamas perdonará al médico, acaso hombre eminente, que no pudo obrar milagros sobre un tífus rebelde. Todavía hay mas : en el primer caso no caben teorías absurdas, porque ahí está la fractura para desmentirlas; mas en el segundo, no solo el padre, sino los hermanos, amigos y parientes teorizan á destajo : sostiene cada cual su diagnóstico : unos opinan que el mal era nervioso, otros lo dan por inflamatorio, estos lo califican de afección gástrica, aquellos creen que el enfermo murió del médico, y unos y otros suelen acabar por no entenderse, aunque salvándose siempre del general desconcierto una proposición en que todos convienen; esto es : *qué en Medicina no se sabe nada*. Además, como la mayor desgracia de los grandes hombres está en haber de ser juzgados por hombres pequeños, acontece que todos los sistemas, todas las escuelas pasan á ser en manos del vulgo ridiculas parodias de la primitiva idea; así para el público, Brown dijo que todas las dolencias son debilidades, que se deben curar con jerez y sendas tazas de caldo; y Broussais, que no hay mas que inflamaciones, y que la dieta y las sangrías lo curan todo. Con tamaños desbarros, ¿qué mucho que el ilustrado público nos juzgue por locos de atar, y que se tenga por tan probada la oscuridad de la Medicina? ¡Pobre humanidad! y cuán desatinada te muestras cuando oscurece tu razon la niebla de la ignorancia!

Estas son y muchas otras, que ni recordar quisiera, las causas de la animosidad de que es blanco la Patología interna. Pero es lo cierto que tanto ella como la Patología quirúrgica progresan con un movimiento uniformemente acelerado, como todas las ciencias. El exámen de la sangre (1), la auscultacion, la percus-

(1) V. á Andral y Gavarret.

sion (1), la microscopia patológica (2), la análisis de las excreciones, la exactitud de los datos anatómicos, la certeza sobre las funciones de los órganos, la valoración de los cuadros sintomatológicos por las autopsias, y finalmente los adelantos de los distinguidos especialistas contemporáneos, han sido fuentes inagotables de recursos con los cuales la Medicina puede formar con seguridad, casi siempre, el diagnóstico de las enfermedades y blasonar de exacta. Si del diagnóstico ó conocimiento de las dolencias internas pasamos al de las quirúrgicas, hallamos en él la misma perfección, igual progreso. Ved sino la exactitud con que se traza el diagnóstico diferencial de todas las oftalmías, el de las enfermedades eruptivas, de las diversas afecciones sifiliticas, de las variedades de litiasis, ó mal de piedra, del cáncer y de todos los tegidos de nueva formacion ó patológicos; véanse las últimas observaciones sobre el establecimiento del callo en las fracturas, y de la formacion del pseudostrosis en ciertos casos de fracturas y dislocaciones; véanse los preciosos datos suministrados por la aplicacion del microscopio al diagnóstico de un sinnúmero de enfermedades externas; véase los beneficios que han traído las aplicaciones de la percusion y la auscultacion á la Cirugia; véase finalmente con qué exactitud se determinan hoy, merced á la precision anatómica, el origen de los abscesos por congestion, el sitio de las caries ocultas, y las relaciones en que están los órganos de una region

(1) V. las obras de Laennec, Piorry, Skoda, Barth y Roges, etc. sobre Auscultacion y Percusion.

(2) Léase la interesante Memoria sobre la Aplicacion del microscopio al diagnóstico diferencial del Cáncer y al del Tubérculo, escrita por el Dr. D. Carlos de Sílontz, Catedrático y Director de trabajos anatómicos de la Universidad de Barcelona.—Inaugural de la Academia de Medicina.—Enero del presente año.

cualquiera con los tumores anormales extirpables, ó con los herniarios que requieren operacion oruenta. Si esto no es progresar, venga Dios y véalo.

Segue á la ciencia del diagnóstico la terapéutica, como la sombra al cuerpo, como el aire al vacío; porque de nada sirviera el conocimiento exacto de las dolencias, si no nos sugiriese los medios de sanarlas. Aquí debo hacer un alto, antes de exponer las conquistas de la Medicina moderna. Al dirigir el vulgo sus diatribas contra la terapéutica, las funda en dos razones muy atendibles, apoyadas á mi ver las dos en el principio inconcuso de que el fin de la Medicina patológica es el remedio. Sostiene el vulgo, 1.º que con estas idas y venidas de sistemas opuestos, la Medicina no puede progresar nunca, pues lo que hoy se tiene por útil, mañana será desechado por nocivo; viéndose de continuo obligada la ciencia á desandar lo andado; 2.º que al ver á dos, tres ó mas profesores calificar diversamente ó tratar de distinto modo una misma enfermedad, es forzoso deducir ó que ninguno entiende el mal, ni el modo de curarlo, ó que á lo mas uno solo de entre de ellos da en el hito de la cuestion, y que por lo tanto la Medicina es una ciencia de acertijos. Voy á hacerme cargo de estas dos objeciones; mas antes necesito hacer una salvedad. Si á un hombre que se titula químico le pedis que os analice una disolucion salina, y os contesta que la sal es de barita, pues precipita en verde por la potasa, ¿qué diréis del químico? Si acudis á uno que se dice astrónomo para que os dé lecciones sobre el sistema planetario, y veis que os hace estudiar en el *Almagisto* de Ptolomeo, ¿qué diréis del astrónomo? Diréis de ellos lo que os pareciere; pero no creo que por los ejemplos de tal astrónomo ó de tal químico pretendierais probarme que la Química y la Astronomía están en mantillas. Quédese pues esto en turbio, que nó en claro;

porque cuanto dijere de mas, estaria de menos. Hecha la salvedad, pasemos al exámen de las dos objeciones, de las cuales la primera puede ser reducida á la proposicion siguiente : *Los sistemas en Medicina arguyen antagonismo y falta de solidez en los principios é impiden el progreso de la ciencia.* En primer lugar los verdaderos sistemas médicos distan mucho de estar opuestos, y voy á probarlo con breves razones. Hypócrates fundó el sistema eterno de la racional observacion sin limites; en él comprende el exámen de los tegidos, de los humores y del principio vital en su modo de obrar sobre unos y otros.

La escuela antigua de los solidistas fue la Medicina hipocrática, fundada en la observacion de los tegidos; la de Galeno hizo predominar la observacion de los humores; el sistema neumático de Ateneo, no es mas que el tercio restante de la escuela hipocrática; la parte vitalista de la Medicina eterna. Tales fueron las verdaderas escuelas anteriores á la era cristiana; á saber: una escuela hipocrática dividida mas tarde en tres sistemas: solidista, humorista y vitalista. Y despues, ¿qué sistemas *fundamentales nuevos* ha tenido la Medicina? Ninguno; absolutamente ninguno. Desde la aparicion de la yatro-quimia, ó humorismo de Silvio, hasta el hipervitalismo de Samuel Hanhemann, ¿qué veis sino el renacimiento sucesivo del humorismo, solidismo y vitalismo, iguales en el fondo á los antiguos sistemas, y sólo un tanto modificados por el espíritu de la filosofia del siglo? Para quedar firmemente convencidos de esta sucesion, para palpar esta verdad, no hay mas que recurrir á la Historia, madre de la experiencia y fuente del buen criterio. Ella nos dá razon de como los hombres pudieron protestar de la doctrina hipocrática, cegados hasta el punto de creerse capaces de reformas perdurables; nos enseña la causa de la diversa fisonomia de un

mismo sistema según el siglo en que reaparece, y nos hace ver que la exageración de cada escuela es la causa suficiente de la aparición de la escuela opuesta. Cier- to que el exámen superficial de los sistemas nos hace creer que tal confusión debe haber sido una rémora para la Medicina; pero la verdad es que ni en ellos ha habido confusión, ni han sido rémora. La efervescencia que producen los sistemas es tan vital para la Medicina como lo es para el mar la agitación continua de sus olas. Si la ciencia hubiese disfrutado desde Hipócrates una paz octaviana, todavía fuera arte lo que es hoy ciencia; cuando al contrario, desequilibrados los tres elementos del principio hypoerático, y comenzada la pugna, cada escuela dejaba al morir, en el campo de la discusión, un riquísimo botín científico, que al pronto quedaba en poder de la escuela vencedora; esta á su vez amontonaba tesoros con el ambicioso fin de dominar sola en el mundo; mas como, así en el órden moral como en el físico, no hay acción sin reacción igual y contraria; llegada la hora, la escuela dominante moría á manos de otra de las dos, vuelta á renacer y con mayor encono; y así por esta série de triunfos y derrotas; por esta alternativa aparentemente dañosa, la Medicina eterna se halla actualmente dueña de un inmenso botín que nunca jamás hubiera poseído siguiendo la pacífica y templada marcha del virtuoso Hipócrates. Creía Broussais ser enemigo natural de Brown, de Willis y de Sydenham, y sin embargo, los tres eran hermanos, como lo fueron todos, hijos legítimos de aquel que sentó como cánon, que en las enfermedades se afectan *partes activæ et moventes, partes motæ et spiritus*. Solo la sinceridad con que los hermanos se creían enemigos pudo traer la exageración de unos sistemas, que en el fondo están comprendidos en las concisas frases del padre.

Yéase pues cómo va descaminado quien cree que los

sistemas médicos son todos hijos de principios fundamentales opuestos, y no de un solo y único principio, y cómo á ellos se deben, por la fuerza de la emulacion y del estímulo, las conquistas de que se envanece en el siglo actual la Medicina.

Sobre la segunda objecion pocas palabras bastan para desvanecerla como el humo. Supongamos una junta de médicos cumplidos, que estén discordes sobre un caso dado. ¿Estriba el desacuerdo en el diagnóstico ó en el tratamiento? La divergencia sobre lo primero no puede suscitarse sino en rarísimos casos entre buenos profesores; pues ya dejo expuesto el grado de exactitud á que ha llegado el diagnóstico. Entonces debe suponerse que no se aviene en punto al tratamiento. En efecto, tal desacuerdo ocurre muchas veces; y veamos á qué se debe. Una de las grandes conquistas que hemos reportado de los sistemas, es la multiplicidad de métodos terapéuticos. Citaré un ejemplo sencillo que esté al alcance de todo el mundo; sea el caso una gastritis crónica, ó irritacion de estómago, tan fisiológica ó brusca como se vea en la práctica, y tan poco dispuesta, como suelen serlo todas, á curacion espontánea. Pues bien: ¿quereis tratarla á lo hipocrático por la higiene, y por los detersivos y astringentes apropiados, v. gr. el nitrato de plata cristalizado, el subnitrato de bismuto? hacedlo, y la gastritis sanará. ¿Deseais mirar la irritacion bajo el punto de vista de Broussais? Ordenad sangrias locales, cortas y frecuentes, y venceréis la dolencia. ¿Preferis medicarla á lo Brown? Dad al enfermo remedios tónicos; á cierta dosis de ellos el mal se disipará, y trabajo os mando para que demostréis que no habeis curado homeopática ó sustitutivamente la gastritis. ¿Quereis otro método? Tratadla por la nieve; suerte de medicacion muy segura, y cuya esplicacion se aviene con las teorías de todas las escuelas del mundo.

¿Y á esto se llama falta de principios? Esto debe llamarse en buena lógica, sobra de recursos. De mí sé decir (y me cito á mi propio porque con valer tan poco formo mejor prueba), de mí se decir, repito, que con tal acopio de medios terapéuticos jamás me he visto en apretura, y he conservado siempre ante las afecciones curables mas tremendas toda la calma del raciocinio. Concíbese, pues, la divergencia entre dos ó mas facultativos sobre el método terapéutico mas conveniente, sin que esto arguya poca firmeza en los principios; antes al contrario, prueba que en Medicina puede lograrse un mismo objeto por métodos muy diversos. No me detendré en la exposicion de los innumerables recursos que ha adquirido la Medicina y sigue atesorando un dia y otro sin cesar, gracias á la infatigable actividad de todos los sabios, tanto médicos como naturalistas. Abrid en cualquiera página el tratado de Terapéutica de Trousseau y Pidoux; revisad los periódicos médicos, farmacéuticos y fisico-químicos de Europa; leed los trabajos de las Academias alemanas, sobre el ensayo de los medicamentos en el hombre sano; consultad las obras de cirugía; leed á Velpeáu, y vereis lo que han sido y lo que son los procedimientos operatorios; enteraos de esa ciencia nueva y fecunda, cual es, la aplicacion de la Quimica al exámen de los medicamentos en la transpiracion, en las lágrimas y demas humores; añadid á todo esto la incomparable adquisicion de la vacuna, del cloroformo, del colodion, de los alcaloides, y ved la manera como el remedio antes amargo, empalagoso, nauseabundo, fétido, va reduciéndose hoy á la parte virtual del medicamento; ofreciéndose en el volumen de una fraccion de grano la misma cantidad que antes se contenia en un gran vaso de repugnante brebaje. Si todavía vuestra ambicion no está satisfecha, si exigis á la Terapéutica mas de lo que se comprende en lo que

llevo expuesto, volved la vista hácia los seres mas desdichados de la tierra, hácia los pobres dementes.

(1) Un Manicomio es en nuestra época un edificio magnífico, con todas las condiciones higiénicas: asilo piadoso, donde se van enjugando las lágrimas del mas atroz de los infortunios: establecimiento benéfico, donde se combaten y con frecuencia se vencen las enfermedades mentales. No es ya una cárcel; es un hospital. Habitaciones capaces, claras y ventiladas; jardines y otros sitios de socorro y recreo; muebles cómodos y decentes, constituyen sus pormenores. Los calabozos han desaparecido, y se han roto las cadenas. El orden, el silencio y la calma, resultantes de un servicio atento y esmerado, de una disciplina bien entendida, han reemplazado al continuo furor de otros dias, y por maravilla se observa este epifenómeno. Los medios de represion van cayendo en desuso, y los que todavia se emplean, son muy suaves, no lastiman ni degradan. Se ha instituido el trabajo como base de la Terapéutica moral, á título de moderador poderoso de los movimientos desordenados, y de estimulante enérgico de las fuerzas deprimidas, que figuran en el cuadro sintomático de ciertas formas de la enagenacion mental. La instruccion reanima acaso una débil chispa de inteligencia, casi estinguida bajo el peso del delirio, ó despierta las facultades de un individuo que en el órden moral é intelectual era un inepto rematado; todo es benevolencia, conmiseracion, dulzura, solícitas atenciones, cariño. El hombre es consolado en la mayor y mas horrible de sus desgracias. Su dignidad ha salido victoriosa.

(1) Fragmento de la notable *Mémoire* del Dr. Pi y Molist, aliopista de Barcelona, sobre la Colonia de Orates de Gheel en Bélgica, una de las obras de mayor importancia que se han escrito en España en estos últimos tiempos.

Baste, pues, lo dicho, para dejar sentado que la Terapéutica progresa.

Llego ya al último punto de mi discurso sobre el cual seré muy conciso: me refiero á la ciencia que cuida de la conservacion de la salud del individuo y de la sociedad: ó sea de las higienes pública y privada.

A cualquiera persona medianamente instruida se le alcanza el poder de la higiene del individuo. Esta en verdad no progresa, por la misma razon que no progresa el decálogo, ni cambian los principios naturales y religiosos sobre los siete vicios y las siete virtudes; preceptos eternos, que no admiten mas ni menos, ni antes, ni despues, ni ahora. Sobre ellos está basada la higiene individual en su sentido mas lato, comprendiéndose en ella la medicina de las pasiones. Mas si esta es inmutable no así la higiene pública, á cuyos trabajos deben hoy dia los pueblos la sanidad de que gozan. Visitad las calles, los mercados, las cárceles, los talleres, los hospitales, los establecimientos de maternidad, los colegios privados; recorred la legislacion en todo aquello que atañe á la educacion primaria, al ejercicio de las artes industriales, al ingreso en las quintas, á la abolicion de las enojosas cuarentenas; en una palabra, en cualquiera parte á donde volvais los ojos, alli vereis impresa la mano bienhechora de la Medicina preventiva. Además, la higiene pública se hermana con la Economía política y la Estadística: las tres forman una ciencia que en pocos años ha resuelto los mas intrincados problemas sociales, y que está destinada á llenar de asombro á la humanidad, reduciendo á teoremas claros y terminantes, los verdaderos principios constitutivos de las naciones:

Creo, Excmo. é Ilmo. Sr., que puedo dar por terminada mi tarea: dejo demostrado el progreso positivo de

las tres ciencias cardinales de la Medicina; la ciencia de la enfermedad, la de los medios de combatirla, y la de los consejos para evitarla.

En verdad que el asunto es demasiado vasto para desenvuelto en tan estrecho espacio; pues el exámen detenido de todas las partes que abraza este discurso, requiere por lo menos tres volúmenes. Lo que dejo indicado, basta para que toda persona ilustrada y de claro discernimiento reconozca y confiese que la Medicina está á la altura del siglo.

Quede pues, de hoy mas vindicada la noble ciencia de Hypócrates, y comience el vulgo á respetar á los verdaderos ministros de ella. Cierre los labios la maledicencia, y guarde el respeto debido á virtudes que no conoce ni comprende. Cuéntanse á centenares los médicos que han perecido victimas de su afan científico, y á millares los que en las epidemias perecieron como héroes, en espantable y desigual combate con la muerte. Con solo tener en cuenta tantos sacrificios hijos del amor á la humanidad, nadie debiera poner en su boca la Medicina, sino fuese para ensalzarla y para bendecir á los ministros que la ejercen; que así encargó que se hiciera nuestro inmortal Cervantes, el crítico mas juicioso y templado que han visto y verán los siglos. Pues qué, ¿ acaso somos de diversa condicion que los demás hombres, para que así se nos denueste, porque mal grado nuestros inauditos esfuerzos no alcanzamos á hallar remedio para todo, y á descubrir el secreto de restaurar al viejo y tornarle á su mocedad primera? Si se nos cree inferiores á los demas, vengan los que tanto claman y hagan por adelantar la ciencia, y si se nos cree de igual condicion que el resto de los hombres, á qué la diatriba? ¿ á qué la injuria?... ¿ Pero, qué digo? Si las obras de la humanidad están en abierta contradiccion con sus palabras. No hay secreto que no guarde-

mos; ni amargura que no hayamos de endulzar con evangélicos consuelos. Mil y mil veces la suerte de una familia entera pende de una palabra inadvertida que el médico deje escapar de sus labios; y sin embargo, al entrar por la vez primera en el seno de una familia, todo se nos confía!... Es la sociedad para nosotros lo que el pueblo industrial para con los ricos: mal avenido con todos, y esclavo voluntario del que le trata de cerca.

Crea, pues, la sociedad en las verdades y en los progresos de la Medicina, y le será mejor contado; porque llevará á su alma la conviccion de que no alcanzamos á mas porque las humanas fuerzas no alcanzan á obrar milagros. Tales creencias y convicciones son de mayor interés para la sociedad que para nosotros mismos. Para bien de ella escribo, y nó por miras de interes menguado.

El hombre en su peregrinacion por la tierra necesita proteccion, remedio y consuelo. La Justicia le protege; la Medicina remedia sus dolencias, y la Religion le alienta y consuela en todas sus adversidades. Las tres enlazadas con el comun vinculo de la Caridad se ayudan mutuamente; asi la Ley se asesora de la Religion y de la Medicina; esta recibe de la Ley la autoridad, y de la Religion la santidad del ministerio; y la Religion suple por todas, acompañando al hombre desde su lecho ó desde el cadalso al cielo, cuando la Medicina ó la Justicia no acertaron en salvarle acá en la tierra.

Tengamos fé en las tres, y venerémoslas como á emanadas del cielo; y con esto harémos mas llevadera la vida en este valle de lágrimas

He dicho.

José de Letamendi.

Madrid 4.º de marzo de 1837.



mos: ni amar gata que no hayamos de endulzar con
 exangélicos consuelos. Mil y mil veces la suerte de una
 familia castra puede de una palabra inadvertida que el
 médico deje escapar de sus labios; y sin embargo, al
 contar por la vez primera en el seno de una familia, todo
 se nos confía. En la sociedad para nosotros, lo que el
 pueblo industrial para con los ricos: mal avecido con
 todos, y escaso voluntario del que le trata de estos.

Creo, pues, la sociedad en las verdades y en los pro-
 gresos de la Medicina, y le será mejor contado, porque
 llevará a su alma la convicción de que no alcanzamos
 á mas porque las humanas fuerzas no alcanzan á operar
 milagros. Tales creencias y convicciones son de mayor
 interés para la sociedad que para nosotros mismos. Para
 bien de ella escribo, y no por miyas de interés meguido.

El hombre en su perstracion por la tierra necesita
 protección, remedio y consuelo. La Justicia le protege;
 la Medicina remedia sus dolencias, y la Religión le
 alienta y consuela en todas sus adversidades. Las tres
 enlazadas con el común vínculo de la Caridad se ayudan
 mutuamente: así la Ley se respalda de la Religión y
 de la Medicina; esta recibe de la Ley la autori-
 dad, y de la Religión la sanidad del ministerio; y la
 Religión supe por todas acompañando al hombre desde
 su hecho ó desde el calaso al cielo, cuando la Medicina
 ó la Justicia no actúan en salvarle acá en la tierra.

Tengamos le en las tres, y veremoslas como á una
 nadas del cielo; y con esto podremos mas llevadera la
 vida en este valle de lágrimas.

El dicho...
 José de Llanos...



